

de Luis XIV, Colbert. Con el objeto de aumentar recursos para sostener el lujo de la corte, aplicóse este ministro á fomentar la industria, facilitando la exportación y dificultando la importación, excepto de las primeras materias, sin ocuparse para nada en la población agrícola, sujeta todavía más ó menos á la gleba. En oposición á esta política, Francisco Quesnay trató de probar, por el año de mil setecientos cincuenta, que la riqueza de las naciones sólo se cifra en las cosechas del suelo, limitándose la industria y el comercio á cambiar la forma de los productos ó acercarlos al consumidor. Estos principios, desarrollados poco á poco, llegaron á formar el sistema denominado *fisiocrático*, que, reconociendo la naturaleza como única potencia creadora, aboga por la abolición de toda clase de servidumbres y por la absoluta libertad de adquirir, poseer y cultivar el suelo. Pero este sistema no era menos parcial que el anterior. Si Colbert pretería la riqueza agrícola, Quesnay no daba importancia á la industria ni al comercio. Esta deficiencia no tardó en ser notada por pensadores de varios países, los llamados «precursores de Adam Smith», cuyos principales fueron: en Italia, Genovesi, Galiani, Beccaria y Verri; en Francia, Turgot y Condillac; en Inglaterra, Hutcheson y Hume.

Genovesi considera el trabajo como el capital de todas las naciones, de todas las familias, de todas las condiciones, como ley de toda actividad y fuente de todo bien; Galiani se aplica á demostrar que las restricciones pueden convenir á un país y la libre circulación á otro; Beccaria enseña ya la importancia de la división del trabajo, el papel del tiempo y de la capacidad intelectual en la producción y la verdadera función de los capitales productivos; Verri, en fin, combate la opinión de los fisiócratas sobre la esterilidad del trabajo industrial, probando que «hay producción de valor y de riqueza lo mismo cuando la tierra, el aire y el agua se transforman en granos en los campos, que cuando por la mano del hombre la secreción de un insecto se transforma en velludo, ó pequeños fragmentos de metal se organizan formando un reloj».

Turgot, discípulo del fisiócrata Gournay, abandonó poco á poco los principios de la escuela, acercándose al sentido de Adam Smith. En vez de referir, como su maestro, toda la actividad social á la económica, haciendo de ésta el centro de la historia y de la política, coloca en su propio sitio las funciones de producción y de cambio en la economía del cuerpo social, donde la religión, costumbres, letras, ciencias, bellas artes desempeñan papel no menos importante que aquélla, y reconoce que las sociedades han seguido una marcha determinada en su desarrollo económico del mismo modo que en su desarrollo religioso, filosófico, artístico y científico. En sus «Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas», expone magistralmente la división del trabajo y la necesidad de la desigualdad de las condiciones. Fisiócrata disidente es también Condillac, en cuyo concepto las riquezas naturales no son más que diferentes transformaciones, al igual que las industriales. «Al cubrirse la tierra, dice, de productos de todas clases, la mate-

ria no ha aumentado, hay la misma que había antes; lo que hay es nuevas formas, y en estas formas consiste toda la riqueza de la naturaleza.»

Pero los inspiradores de Smith fueron, en primer término, su maestro Hutcheson, cuyo curso de filosofía moral contenía una parte económica, y su íntimo amigo Hume, el más grande pensador del siglo décimo-octavo. Historiador al mismo tiempo que filósofo, Hume estudia el desarrollo de las sociedades en su conjunto, como un todo concreto y orgánico, y considera el desenvolvimiento de la prosperidad económica subordinado en cada sociedad al progreso de los conocimientos, artes é instituciones políticas, siendo por esto el primero en vislumbrar las afinidades de la Economía con la ciencia social. La riqueza no estriba, á su juicio, únicamente en la fecundidad del suelo; la cantidad de trabajo de que un pueblo es capaz, he aquí la mejor medida de su prosperidad. Cree que el lujo, consecuencia necesaria de la satisfacción de las primeras necesidades y de los progresos de la industria, no es necesariamente un peligro para la moralidad. «Los conocimientos, la industria y la humanidad están ligados, dice, por una cadena indisoluble, y la razón se une á la experiencia para demostrar que son patrimonio de los siglos famosos por el lujo y la delicadeza». Hume es hasta superior á Smith en varios puntos, tales como los de no restringir exageradamente la acción del Estado y no creer que cada país deba tender al desarrollo de la riqueza sólo para su provecho. «No solamente como hombre, exclama, *sino como súbdito inglés*, deseo ver florecer el comercio en Alemania, en Italia y hasta en Francia.

En pos de todos estos, y como á su cabeza, aparece Adam Smith (mil setecientos veintitrés á mil setecientos noventa), que, después de haber estudiado la marcha racional é histórica de los fenómenos económicos en las sociedades humanas, para descubrir las *leyes naturales* del desarrollo de las riquezas, se aplicó, en el segundo volumen de su obra, á dar las reglas que deben seguirse para su producción y empleo. «La Economía Política, dice, considerada como una rama de los conocimientos del legislador y del estadista, se propone dos objetos: primero, proporcionar al pueblo una renta y una subsistencia abundante; segundo, proveer al Estado ó á la comunidad de una renta suficiente para el servicio público: se propone enriquecer al par al pueblo y al soberano». Por esta distinción entre la parte especulativa de la Economía Política, que indaga las leyes del desarrollo de la riqueza, dependiendo en este respecto de la ciencia social, y la parte práctica, que enseña el arte de producir la riqueza y utilizarla, ha merecido con justicia Adam Smith el título de fundador de la Ciencia económica. Sus predecesores habían mezclado á las especulaciones económicas sus vistas sobre el derecho y la moral; Smith estudia la riqueza separadamente de los otros hechos sociales y, en este dominio de los intereses así limitado, distingue cuidadosamente las leyes de la historia de las reglas prácticas. Conserva de los fisiócratas el optimismo, la fe en la Providencia. Como el mundo moral está regido



por las leyes de la simpatía, el de los intereses lo está por el deseo primordial que tienen todos los hombres de mejorar de condición, de ser más felices proporcionándose nuevos medios de existencia. El esfuerzo natural de todos hacia el bienestar no pone en peligro la paz social ni la moralidad; los intereses son naturalmente solidarios, como son simpáticos los espíritus, y todo el mundo saca provecho del progreso común.

Pero este optimismo no impide á Adam Smith ver que mientras la riqueza crece en algunos países, mengua en otros, y que hasta en los estacionados hay crisis dolorosas. Proviene estas perturbaciones de la ingerencia de los gobiernos, que no pueden tocar al admirable mecanismo establecido por la naturaleza para la producción y distribución de las riquezas sin desordenarlo y arruinarlo. De aquí su tendencia á restringir la acción gubernamental. Suprimido el concurso de los poderes públicos, suprimidas quedan también las fronteras, y todo el mundo civilizado formará un solo taller y un solo mercado. Bajo la acción de las leyes naturales, todas las poblaciones cultas deberán alcanzar el mismo grado de prosperidad y formar entonces una masa homogénea, cuyas partes serán tanto más solidarias cuanto más adelantado se halle su desarrollo económico.

Tales son los rasgos esenciales de la doctrina de Smith; veamos ahora sus principales partes.

En la especulativa, investiga lo que *ha sido* y lo que *es*, no lo que *debe ser*, refiriendo los hechos á los antecedentes. La riqueza de una nación es el producto anual de la tierra y del trabajo, principalmente de este último, que suministra todas las cosas necesarias y cómodas á la vida, las cuales son ó producto inmediato de este trabajo, ó adquiridas de otras naciones con este producto. El poder productivo puede aumentar de dos maneras: en energía y en extensión. Crece en energía cuando las partes de una misma operación se dividen en otras tantas tareas separadas, ejecutadas por manos diferentes. Con este motivo expone Adam Smith ampliamente el tema de la división del trabajo, planteado ya por Platón y analizado por Turgot; estudia la evolución de la moneda, como vehículo del cambio; examina el concepto del valor, y analiza los diferentes elementos del precio de las mercancías, á saber: la *renta* de la tierra, el *salario* y el *provecho*, ó sea el beneficio que le queda al arrendatario después de haber pagado la renta al propietario y el salario al obrero. El poder productivo crece en extensión, primero, en razón de la mayor acumulación de los capitales; segundo, en razón del empleo que se dé á éstos. De las riquezas acumuladas, parte se destina al actual ó próximo consumo de aquéllos en cuyas manos se hallan, y ésta es el fondo de consumo; parte, á la producción de nuevas rentas, y ésta es el capital, el cual se divide en fijo, que produce renta sin cambiar de dueño, y circulante, que no puede producir renta á su poseedor sin cambiarlo. Considera el capital circulante como río bifurcado en dos ramas, una de las cuales vierte su contenido en el fondo de consumo y la otra en el capital fijo. Los capitales se acumulan tanto más rápidamente cuanto

mayor es el número de consumidores productivos y menor el de los no productivos. Termina esta primera parte exponiendo la historia de la evolución de los órganos que concurren á la producción de la riqueza. «Según el curso natural de las cosas, dice, la mayor parte del capital de una sociedad naciente se dirige primero á la agricultura, luego á las manufacturas, por último al comercio exterior». Una vez nacidos los órganos superiores, reobran sobre los inferiores: por ejemplo, las ciudades ejercen mucho influjo en los campos, la industria en la agricultura». Obsérvase que por todo este estudio late el sentimiento de las armonías sociales, tan profundo en Adam Smith; pero su mayor interés estriba en la primera aplicación de la teoría de la evolución á un grupo importante de fenómenos sociales.

¿Qué es menester hacer para desarrollar las riquezas una vez conocidas sus causas? Tal es el tema de la *parte práctica*, en que Adam Smith empieza analizando los dos sistemas propuestos anteriormente, el mercantil y el agrícola, desechando por completo el primero y conservando del segundo el principio de la libertad. En este sistema de libertad natural, el Estado sólo tiene tres deberes que cumplir: mantener un ejército, administrar justicia y proveer á los trabajos públicos que no puedan realizar los particulares. Estas funciones suponen ciertos gastos, de los que Adam Smith descarga hasta donde puede al Estado, poniéndolos á cuenta de los particulares. Smith es á todas luces individualista; pero no incurre en ninguna de aquellas fórmulas absolutas familiares á los fisiócratas. El asunto más interesante que estudia en esta parte es el sistema de impuestos, que debe conformarse á estas cuatro reglas: primera, gravar igualmente todas las rentas; segunda, que la cuota sea fija, no arbitraria; tercera, que la época y el modo de cobrarlo sean las más cómodas para el contribuyente; cuarta, que los gastos de recaudación se reduzcan á lo mínimo. De las varias partes de la fortuna pública, capital, renta, provecho y salario, estima que no debe gravarse el capital, instrumento de la regeneración de la riqueza; ni el provecho, sin el que no querría trabajar el arrendatario; ni el salario, que depende del estado general de la fortuna pública; sino únicamente el interés del capital, esto es, el producto anual, descontado el provecho y separado de la renta. Pero la parte de riqueza que principalmente debe tributar es, según Adam Smith, el fondo de consumo, en forma de impuestos indirectos, que son los menos sensibles, siendo voluntarios, y los más justos, siendo proporcionales á los recursos, y á condición de eximir los objetos de primera necesidad y gravar con enormes tasas los artículos de lujo.

Tales son, en rápido bosquejo, las principales cuestiones que trata en su inmortal obra el fundador de la Economía Política, espíritu templado, enemigo de toda tendencia revolucionaria. «El que ama la humanidad, decía, cuando no puede vencer por la razón y la persuasión los prejuicios arraigados de los pueblos, no trata de sofocarlos por la fuerza; y nada tan propio á sus ojos para reprimir los abusos como la verdad, mas no esa verdad



altanera que habla en nombre de un sistema geométrico, sino la verdad que brota de las observaciones acumuladas y descansa en el conocimiento profundo de la Historia». Cuando se pasa á la obra de Adam Smith, después de haber leído las de sus predecesores, se siente que se entra en un nuevo mundo, se sale del dominio de la quimera para pisar el de la experiencia. No dejaría de ayudarle á dar este gran paso el estado de su patria, Escocia, que era á la sazón, como dice Espinas, «el medio intelectual más cultivado, más abierto á las ideas, más exento de prejuicios y de apasionamientos de toda Europa».

Los sucesores de Adam Smith se clasifican en directos é indirectos. Los primeros componen la escuela de Manchester, que olvidó la importante distinción del maestro entre la parte teórica de la Economía Política, esto es, estudio de los órganos y funciones que sirven para la alimentación y mantenimiento del cuerpo social, y la parte práctica, ó sea, estudio de las reglas que debe guardar una sociedad para la producción, circulación y reparto de la riqueza. Unos, como Ricardo, se inclinan á las investigaciones abstractas; otros, como Malthus, á los estudios prácticos, por lo que la ciencia vuelve á caer en el empirismo.

Ya en el momento de escribir Adam Smith, las máquinas comenzaban á desempeñar papel más y más importante en la producción industrial, lo que causó no pocas inquietudes al fundador de la ciencia económica. Y sin embargo, esto no era nada para lo que ocurrió unos años después, á fines del siglo, en que la máquina de vapor y el telar, propagados en Inglaterra antes que en ningún otro país, proveyeron á la industria de un medio de multiplicar, especializar y perfeccionar el trabajo en proporciones gigantescas. De aquí que los economistas ingleses se preguntaran por las causas y remedios de la espantosa miseria producida por aquel asombroso desarrollo del régimen industrial, con las grandes concentraciones de capitales y la consiguiente ruina de la población obrera. Desde aquel instante, la cuestión de la riqueza, postergada hasta entonces por las de la producción y del trabajo, tomó el primer puesto en las preocupaciones de los espíritus pensadores.

Dotado de gran fe en la razón humana y en la perfectibilidad indefinida de nuestra especie, Malthus (mil setecientos sesenta y seis á mil ochocientos treinta y cuatro) creía, sin embargo, que no basta con dejar á la humanidad abandonada á sí misma para que sea feliz y progrese sin fin, y al sostener Godwin que los sufrimientos de los pueblos provienen de las faltas de los gobiernos, escribió en mil setecientos noventa y nueve, para refutarle, el «Ensayo acerca del principio de la población», afirmando, con su experiencia fría y desencantada, que «si los pobres viven en la miseria es porque se casan muy pronto y tienen muchos hijos». Así sucede que la población se multiplica en progresión geométrica, al paso que las subsistencias sólo crecen en progresión aritmética, de donde, una de dos, ó se reprime el aumento de la población por medios preventivos, ó se la deja

traspasar el nivel de las subsistencias disponibles, y entonces el excedente será brutalmente suprimido por el hambre. Cual precursor de Darwin, Malthus llena la mayor parte de su libro con la exposición de los diversos diques que la naturaleza opone á la ola creciente de la población en todas partes, lo mismo en los grupos humanos que en los animales y plantas. A estas restricciones naturales opina que deben añadirse las voluntarias, entre las que cuenta como principal el celibato ó matrimonio tardío. «El hombre que nace en un mundo ya ocupado, dice, si su familia no dispone de los medios de nutrirle, ó si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene derecho á reclamar porción alguna de alimento; está realmente de sobra en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza, no hay cubierto para él. La naturaleza le manda irse, y no tarda en ejecutar ella misma su sentencia». En su consecuencia, el gobierno inglés, organizando en grande escala la caridad, sólo consigue alentar la pereza; creando hospitales para los niños, da á la ley de la población una sanción nueva, porque esas infelices criaturas mueren casi todas en las mercenarias manos encargadas de nutrir las. Lo que debe hacer el gobierno es todo lo contrario: propagar por la instrucción los principios restrictivos y, al mismo tiempo, decretar que se negará todo género de asistencia á los niños nacidos al cabo de un año de matrimonios legítimamente contraídos, y á los ilegítimos, lo que obligará al incapaz de nutrir su prole á abstenerse de la paternidad. En esto se equivocaba Malthus. Siempre cuenta el hombre con la Providencia, para conjurar el porvenir que vislumbra de color negro, ni tiene tampoco la virtud de vencer una necesidad física tan imperiosa como la sexual.

Con esta concepción abría Malthus ancha brecha en el sistema optimista y liberal de Smith; no menos iba á comprometerlo Ricardo (mil setecientos setenta y dos á mil ochocientos veintitrés), precisamente al tratar de completarlo.

Aunque no desprovisto de espíritu práctico y habituado á las combinaciones hacendistas, Ricardo gustaba, sin embargo, de concebir los fenómenos económicos en sus formas más abstractas. Empezó por una campaña para precaver la depreciación sufrida por el papel del banco de Inglaterra, y combatió luego por una prudente extensión de la libertad de comercio en el mercado de trigos; pero lo que le dió la fama de que goza, fué el libro sobre los «Principios de la Economía política y del Impuesto», que es realmente un estudio general sobre la distribución de las riquezas. Investigando en qué proporción los tres elementos del precio, *renta*, *salario* y *provecho*, señalados por Adam Smith, varían el uno respecto del otro en el curso del desarrollo de la riqueza, averigua que el salario y el provecho van disminuyendo siempre, mientras que la renta se va siempre elevando. Convencido de la verdad de las conclusiones de Malthus en lo tocante á la ley de la población y asombrado de la rápida multiplicación de la clase obrera, concluye que ésta tiene que ofrecer su trabajo á precio cada día más módico, hasta un límite, que es la suma extrin-